

Exposición de pinturas en el CICCA

Si la postmodernidad ha oscurecido las señales de una vanguardia inventiva y la insustancialidad se ha situado como inmanencia en no pocas parcelas del arte, hay que reconocer también que algunos artistas jóvenes ante esta nueva crisis han sabido situarse de una manera muy estratégica: se han replegado en sí mismos y, desde esta postura, están intentando definirse; postura digna, no sin riesgos, pero que les permite afrontar la cuestión con mucha mayor precisión, ya que lo importante es protegerse de todas esas “distracciones” que están negando a las artes su verdad y, ¿por qué no? su trascendencia. Uno de estos artistas puede ser Gabriel Ortuño, que está exponiendo actualmente, en las salas de arte del Centro de Iniciativas de la Caja de Canarias su última y más reciente obra, una obra en la que ha desplegado una vasta meditación sobre el signo y el símbolo; toda una interpretación plástica en la que cada obra se hace irrepetible respecto de la otra, aunque haya un “letimotiv” que confirme su coherencia.

La anterior obra de Ortuño, según anota Antonio Zaya en la nota al catálogo, estaba determinada por la indefinición de una “convivencia de lo disperso”, “convivencia de lo disperso” que, en la estimación del crítico, había que entender como una obra “sin estructura previa, indefinida en la dirección múltiple, sin resistencia a la dispersión, sin sistema—que, en buena medida, fueron las consignas informales que prevalecieron durante la pasada década—, la obra reciente a la que ahora me refiero parece contradecir, punto por punto, aquel otro análisis”. Y esto es absolutamente verdad: la indeterminación se ha cambiado por lo definido, ya que Ortuño crea un contexto en el que además de lograr unas estructuras—las concreciones de esos símbolos que se multiplican y se transustancian en la convicción de un desarrollo cuantitativo pero en niveles analíticos— también estable-



Gabriel Ortuño, obra reciente

ce una sintaxis en la que la persuasión se revela como resalte de una ideología, ideología en la que predomina el resultado de lo plástico.

El valor de lo simbólico es lo que está descubriendo Gabriel Ortuño en esta exposición. Un simbolismo en el que la circunstancia—la pictórica, claro— se transfigura de una y mil maneras para que ese símbolo permanezca. El pintor, con ese lenguaje sígnico, manifiesta una voluntad de permanencia, una convicción filosófica o meta-artística sobre el propio destino del hombre. No crea, por supuesto, ninguna barrera infranqueable entre esa inmanencia del cuadro y el ojo que lo mira. La conceptualidad, pues, no se contradice con el código de ese simbolismo—la forma raqueta— sino que se afirma en una expresividad poético-armónica. “Lo que se puede advertir, en definitiva—volvemos a la nota de Zaya—, es que la estabilidad casi

repetitiva de esta pintura-secuencia de Gabriel Ortuño acaso sea resultado del cambio ambiental, una vez regresa a Las Palmas y, quizás, consecuencia de una reflexión ajena a los referentes culturales predominantes; una obra fruto del reposo y no de los intereses de la oferta y la demanda convocan en vísperas del hundimiento del mercado. Lo que antes parecía producto de una exploración plural en todos los sentidos se ha ido polarizando en beneficio de una concentración temática rigurosa, a partir de un motivo central y el proceso mediante el cual la identidad, su diferencia y su doble, tienen lugar”.

Un artista, en consecuencia, Gabriel Ortuño, que sabe que la pintura es algo más, mucho más que ofrecer colores; es una responsabilidad con la que hay que ser consecuente.